

como la mitología, la Odisea, el Olimpo, la guerra, sátiros y ninfas, la escultura clásica u otros elementos de la cultura griega». Perla artística rara –de belleza acentuada por el teatro romano de Mérida–, esta recuperación de motivos del mundo clásico podría ser descrita con minuciosidad arqueológica, por la fidelidad de sus evocaciones, a la vez que de sencilla y profunda contemplación. Música sinfónica de principios del siglo XX, período en el que muchos compositores se inspiran en la Grecia antigua, acompañó los movimientos y las escenas estáticas –sobre una banda móvil que cruzaba la escena– de los veinticuatro jóvenes bailarines de la Ópera Cómica de Berlín, desde Bizet, Debussy, Ravel, Fauré, Prokofiev, Satie o Turina, a Koechlin, Roussel, Martinu, Nino Rota o Michael Daugherty.

Con *Medea*, una ópera china llena de colorido ocupó el sueño de Mérida por una noche: «Siempre he querido combinar la tragedia tradicional griega y su coro con la representación del drama tradicional chino, porque creo que la síntesis de las dos es una interesante creación artística –explica el director, Luo Jin Lin–. Y lo hago con la esperanza de que este tipo de trabajo pueda ir más allá de fomentar el intercambio cultural entre Este y Oeste». Forma artística muy poco conocida en Occidente, la ópera tradicional china combina el canto, el diálogo, la danza y el combate. Sus actores, vestidos con vistosos mantos-dragones, cuidadoso maquillaje facial y zapatos con altas plataformas, utilizan esos cuatro medios para desarrollar su papel, acompañados de una pequeña orquesta donde la música de cuerda y la percusión son elementos primordiales, marcando y enfatizando los distintos episodios y cambios escénicos. El público acudió curioso y expectante a este insólito encuentro que no defraudó y en el que destacaron la cantante-protagonista, Peng Hui Heng, y las intervenciones del grupo coral.

«La realidad se ha vuelto cinematográfica y ya no nos conmueve más allá del instante, en el mejor de los casos. Sólo la poesía puede aún conmovernos porque nos pilla de cara, lo que equivale, en nuestra época esquinada y de perfiles, a pillarnos a traición. De esa creencia nace este Edipo XXI», escribe Lluís Pasqual a propósito de este clásico interpretado por Alfredo Alcón y Vicky Peña en los papeles principales. Montaje de un ritmo limpio y conciso en el que Pasqual cuida particularmente la narración y desarrollo del texto, con interpelaciones de los personajes secundarios iniciadas desde la orquesta o las gradas, lo que favorece cierto sentido de asamblea y debate deliberadamente buscado por Pasqual. Denuncia de la actualidad y despertador de letargos, como lúcidamente afirma el director catalán: «Buscamos colectivamente, como hicieron nuestros antepasados milenarios, ese destello fugaz de esperanza que algún día nos haga comprender, compren-

der de verdad. Un escalón de conocimiento al que aún no ha llegado, parece ser, la raza humana».

Por su parte, Peter Stein, recordaba, durante la presentación en Mérida de *Pentesilea*: «En la vieja tragedia griega, el hombre lucha con el destino o con los dioses. En Shakespeare, el hombre lucha con otros hombres. Lo que vincula a Kleist con la modernidad es que en su obra el enfrentamiento está en la propia realidad, en el propio corazón». Concretando en entrevista aparte³: «Kleist desarrolla en sus obras el difícil paisaje del alma moderna. Fue capaz, mucho antes que Freud, de contar historias sobre las intrincadas contradicciones que existen dentro del individuo. Utilizó y transformó el mito de las amazonas para expresar el desastre trágico que se origina en el corazón del individuo cuando uno exagera sus emociones y entra en conflicto con la sociedad en que vive. Aquí se habla de un amor que quiere el sometimiento y la apropiación de algo, y la manera de apropiarse del otro es comérselo. Se trata de la única obra de Kleist sin sentido del humor». Con una magistral dirección, Peter Stein consigue equilibrar lo espectacular del montaje con la atención al texto de Kleist y el análisis de los sentimientos encontrados que constituyen la trágica trama de *Pentesilea*, muy bien protagonizada por Maddalena Crippa. Sobresalientes los momentos corales de las treinta amazonas, con una onomatopeya especialmente creada para esta obra por el compositor de la música, Arturo Annechino. Dos pantallas permitieron al público seguir la dicción y musicalidad de la versión italiana del original alemán. Obra inolvidable, aplaudida con entusiasmo sobre la vieja arena donde lucharon, en otra época, hombres y fieras.

Basándose en la figura de Agripina –nieta de Augusto, hija de Germánico, hermana de Calígula, esposa de Claudio, madre de Nerón–, el director extremeño Eugenio Amaya realiza un innovador –aunque desequilibrado– montaje en el que la pantomima y la proyección de imágenes sobre el teatro romano alternan con el desarrollo dramático de la obra, escrita por Fermín Cabal a partir de los textos históricos. «Agripina recrea un mundo que surge de las ruinas y nos confronta con nuestra propia realidad –explica Amaya–. El monumento del teatro romano se alza como vestigio propagandístico de la sociedad imperial que en los albores de nuestra era fundó Emérita Augusta. El origen del Estado, de la alta política, las luchas de poder, la organización administrativa, la geoestrategia... Y los espectáculos escénicos como opio del pueblo». Y Cabal: «Yo creo que éste es el drama

³ La Vanguardia, 30/07/02.

de Agripina, una mujer de Estado, una mujer en el poder, que quiere crear al emperador perfecto y crea un pequeño monstruo, un Frankenstein que devora a su propio creador». Obra muy aplaudida por el público, fue interpretada por María Luisa Borrueal y José Antonio Lucia en los papeles principales.

Y, finalmente, llegamos al espectáculo-excepción de este festival, en esta ocasión, el extraordinario concierto para piano de María João Pires, quien, interpretando la *Sonata opus 21* de Schubert hizo posible una gran experiencia artística: por el valor de la composición y por la propia interpretación, en principio y, luego, el propio lugar, que se revela como una singular y mágica sala de conciertos. En la segunda parte de este concierto tocó el piano Caio Pagano y, para concluir el festival, otro concierto, basado en la música de películas como *Ben-Hur*, *Julio César*, *Quo Vadis?*, *La Caída del Imperio Romano*, *Golfus de Roma*, *Espartaco* y *Gladiator*, entre otras. Un digno broche para una gran edición.

En conclusión, un festival que ha sabido soñar muy alto durante veintiséis noches. Veintiséis funciones de las cuales dieciocho correspondieron al teatro, tres a la combinación danza-teatro, dos conciertos y una ópera. Con una atención y preocupación por la actualidad que debería ser punto a considerar en otras ediciones del festival, junto a la tendencia asumida por el actual director, Jorge Márquez, de incluir espectáculos que abren las posibilidades artísticas y escénicas de Mérida: desde el teatro y la danza a la ópera y la música, frente a los puristas que piensan sólo en el teatro clásico. Que en el balance final haya habido un total de 37.091 espectadores, con un descenso de 8.135 personas respecto a la edición anterior, puede atribuirse a un descenso paralelo del turismo durante la temporada pasada. Respecto a la calidad, no puede haber dudas: esta 48 edición del Festival de Teatro Clásico de Mérida ha sido magnífica.



«Palacio de la Luz» (1943). Arq. Román Fresnedo Siri. Calle Paraguay entre Gral. Caraballo y Gral. Aguilar.